

humanas, aparezca de esta carta que tuvo toda la elocuencia, toda la belleza y pureza de estilo que prolongados estudios dieron á sus hermanos. Así es que san Gregorio de Nisa tenía de él tan elevado concepto, que le dedicó algunas de sus obras, y encomendó á su prudencia el que les añadiese lo que considera faltarles. Palsedio le pone en el número de los obispos, á quienes santa Olimpiada había dado sumas considerables de dinero y de tierras para sus iglesias y para los pobres. Teodoreto le coloca entre los más ilustres defensores de la fé, y entre los obispos que más se han distinguido por su celo y su sabiduría.

Ignoramos el año en que murió; pero es indudable que fué despues del año 391 y ántes que san Gregorio de Nisa. Su fiesta se halla asignada en el Martirologio Romano al 9 de enero.

FAMILIA DE SAN GREGORIO NACIANCENO

Lo que vamos á decir de la familia de san Gregorio Nacianceno no se relaciona más que indirectamente con nuestro propósito; pero puesto que hemos hablado de la familia de san Basilio, tan íntimo amigo de san Gregorio, conviene que hablemos también de la de este Santo, pues en ella hay mucho que nos intruya y edifique.

La familia de san Gregorio se componía de santos y santas, pues su padre, que también se llamaba Gregorio, se celebra por los griegos en primero de enero: su madre santa Nona es honrada por las iglesias griega y latina en 5 de agosto: su hermano san Cesáreo lo es también por

los griegos el 9 de marzo, y por los latinos el 25 de febrero, y por último, su hermana santa Gorgonia lo es en el Martirologio romano el 9 de diciembre.

Gregorio, su padre, nació de una familia pagana, y si él no tributó culto á los ídolos, perteneció, sin embargo, á la secta de los Hipsitarios, que, al mismo tiempo que adoraban á un Dios altísimo y omnipotente, mezclaban con esta verdad fundamental impiedades y supersticiones paganas, pues miéntras que despreciaban los ídolos, adoraban el fuego, y rechazaban la circuncisión, al mismo tiempo que, con los judíos observaban el sábado y la distinción de animales. Sus costumbres eran, sin embargo, muy buenas y laudables. Eran castos y modestos, dotados de rectitud y prudencia, siendo de notar que, á pesar de haberse hallado al frente de los negocios de la ciudad, no habían aumentado sus bienes con ningún género de injusticias.

Pero el Señor le concedió la gracia de abrir los ojos á la verdadera fé, y de reconocer, á beneficio de su luz, la mentira que le había seducido. Despues de Dios, tuvo su esposa santa Nona la parte más principal en su conversión, ya sea por las oraciones que incesantemente elevaba al Señor, ya por el ejemplo de sus virtudes, que eran muy eminentes. Esta mudanza fué al mismo tiempo muy notable por dos sucesos maravillosos. Santa Nona le instaba con mucha frecuencia para que asistiese al canto de los salmos, con la esperanza de que hiciesen impresión en su corazón los sentimientos que expresan estos sagrados cánticos; pero nunca pudo resolverse á ello. Sin embargo, una noche le pareció cantar en sueños este versículo del salmo 121: *Me he regocijado en lo que se me ha dicho, iremos á la casa del Señor.* Éste era un cántico nuevo para él y al referírselo á su esposa, se aprovechó ésta de tal ocasión para explicarle este sueño de una manera conforme

al deseo que tenía de su conversión. Desde entónces concibió Gregorio el designio de abrazar la fé cristiana.

Esto acaecía en el año 325, precisamente cuando se hallaban congregados los obispos en Nicea para condenar la herejía de Ario. Gregorio manifestó sus proyectos á algunos de estos que pasaron por Capadocia, entre los cuales se hallaba san Leoncio, metropolitano de Cesarea, á cuya prudencia se confió para entregarse enteramente á Dios. Era costumbre que permaneciesen en pié los catecúmenos para recibir las instrucciones con que se les disponía para el bautismo, pero los prelados que instruían á Gregorio le pusieron, por una distracción de rodillas, como se hace en la consagración de los obispos, lo que auguraba que un dia sería elevado á esta dignidad. Y cuando se le bautizó, añadió Dios un milagro á esta circunstancia, pues á medida que salía del agua, fué rodeado de una luz que fué vista por muchas personas, y el obispo de Nacianzo, que practicaba la ceremonia, quedó tan sorprendido, que dijo en presencia de todo el mundo que seguramente Gregorio sería un dia su sucesor.

Su vida demostró efectivamente que era un hijo de luz: las tinieblas de su espíritu se disiparon, su fé fué muy viva, corrió con ardor el camino de todas las virtudes, y como dice san Gregorio Nacianceno, su hijo, aunque entró tarde en la viña del Señor, se adelantó en poco tiempo por sus trabajos á los que le habían precedido. No tardó en pasar del rango de las ovejas al de los pastores, para ocupar en él uno de los puestos más distinguidos. Se cree que en el año 329 fué encargado de la iglesia de Nacianzo; en cuya época tenía más de cincuenta años de edad. Esta iglesia había sufrido mucho á causa de la negligencia ó ineptitud de sus predecesores; era como, un erial que necesitaba mucho celo y trabajo, y Gregorio no lo escatimó. Se aplicó con ardor al estudio de las Escri-

turas, en las cuales adquirió en poco tiempo profundos conocimientos, y en una época en que los prelados, arrastrados por el arianismo, devoraban, como encarnizados lobos, sus rebaños, alimentó el suyo con el pasto de la verdadera fé, y lo conservó con tanto cuidado, que se decía que su iglesia era como una nave que flotaba en medio de las olas de la herejía, que hacía perder muchas almas. Es verdad que tuvo la desgracia de suscribir la fórmula de Rimini, como hemos dicho en la vida de su hijo; pero lo hizo engañado por los arianos, y porque, en la rectitud que lo caracterizaba, no creyó que los que le pedían que la suscribiese fueran capaces de tanta doblez, encubriendo con artificiosas palabras el veneno de la herejía.

Muy pronto reparó su falta asistido de su hijo que vino á auxiliarle. Este consiguió que se le uniesen los monjes y los fieles que se habían separado de su comunión. Demostró tanta firmeza bajo el emperador Juliano el Apóstata, cuando el gobernador de Capadocia vino á Nacianzo á destruir sus iglesias, que este oficial se vió obligado á desistir de su empresa. No bastaba, sin embargo, esto á su celo: durante un año no se acostó más que sobre la tierra, que regaba con sus lágrimas, para alcanzar de Dios la protección de su iglesia y el fin de la persecución.

Su hijo san Gregorio, que hace su elogio en varios pasajes de sus obras, se congratula de tener un padre tan eminente, tan sencillo en su conducta, en quién veía el modelo de una vida santa, y á quién podía llamarse un segundo Abraham, tanto por su virtud como por su edad. Dice que era muy afable en su trato, de un semblante ordinariamente tranquilo, y de un corazón sensible y celoso; que si alguna cosa le molestaba, nunca llegaba á encolerizarse: que perdonaba en seguida las ofensas que se le inferían, pidiendo muchas veces perdón al mismo que le injuriaba. Mostró siempre una probidad intachable en los negocios públicos,

y una sabiduría y una generosidad admirable en los asuntos domésticos y en la administración de los bienes que le había dado la Providencia. Tenía un corazón en extremo compasivo para con los pobres, y abiertas siempre sus manos para socorrerlos: empleaba en su favor no sólomente lo superfluo, sino hasta en muchas ocasiones lo necesario: no examinaba con escrupulosidad si eran verdaderamente necesitados, pues consideraba que debía dar á todos, no fuese que, por rehusar á algunos sus limosnas, privase de ellas á verdaderos necesitados.

Tales eran las virtudes que practicaba ántes de su episcopado; pero esta dignidad las desarrolló y las puso de relieve. Tenía un celo muy ardiente por la casa del Señor: á nadie elevaba al sacerdocio, como no lo considerase digno. Como era de un carácter franco y sincero, incapaz de malicia ni doblez, no permitía que se injuriase á la Iglesia, y arrojaba de la sagrada Mesa á los pecadores con una energía que les infundía saludable temor. Conciliaba tan perfectamente la afabilidad con la firmeza, que su bondad no le exponía á ser despreciado por los pecadores, ni su firmeza degeneró en celo imprudente ni en dureza. Venció la resistencia de muchos pecadores con sus oraciones, que, alcanzando muchas veces castigos pasajeros sobre ellos, les hacían entrar en sí mismos, y les obligaban á postrarse á sus pies, para manifestarle su arrepentimiento y su pena por no haberse aprovechado de sus instrucciones. Jamás hubo un hombre de justicia tan inflexible, tanto para juzgar los litigios, como para perseguir el vicio y honrar la virtud. Amaba la humildad, pero la humildad sincera, que no hacía consistir sólomente en los hábitos pobres, en la inclinación de cabeza, en la voz apagada, en los ojos bajos, en la larga barba, en los cabellos recortados, en el andar pausado, y en otros signos que exteriorizan esta virtud, y de que frecuentemente se vale la hipocresía sino la que se funda en la

verdadera virtud, y en el bajo concepto de sí mismo. Así es que evitaba en sus vestidos todo lo que pudiera traducirse en lujo ó en bajeza afectada. Reprimía su lengua, evitando de esta manera la vanidad, y todo lo que pudiese ofender á la pureza y á la caridad. No buscaba más que la gloria de Dios, y huía de todos aquellos que hacen consistir la felicidad en la estimación de las criaturas. Como no esperaba ser recompensado más que por Dios, no se ocupaba en otra cosa que en enriquecer de méritos su alma, ni se proponía otro objeto que santificarse y santificar á los demás. Todo lo demás lo consideraba como inútil. De esta manera adquirió una virtud la más sólida, y esta virtud hacía las veces de elocuencia en sus discursos que, por lo mismo, producían abundantes frutos.

Gregorio terminó en 374 su vida cargada con los méritos de cuarenta y cinco años de episcopado, y teniendo cerca de ciento de edad. El vigor de su espíritu sostuvo su cuerpo y sus sentidos, elevándolos sobre las fuerzas de la naturaleza. Su enfermedad fué muy larga y molesta; pero á pesar de los dolores que casi de continuo experimentaba, no dejaba de ofrecer diariamente el santo Sacrificio, y la sagrada Eucaristía mitigaba sus dolencias. Entregó su alma á Dios en postura de orar, y dejó á todo su pueblo tan lleno de aflixión por su pérdida, que fué necesario que san Basilio viniese á consolarlo, como lo hizo efectivamente, tanto con esta intención, como para rendir homenaje á la memoria del santo obispo, y consolar á su hijo Gregorio, que pronunció la oración fúnebre.

Santa Nona, que se hallaba presente, le sobrevivió muy poco tiempo, pues tenía casi la misma edad. San Gregorio, su hijo, le tributó grandes alabanzas, que ella tenía muy merecidas por las raras cualidades y virtudes que adornaban su alma. Hé aquí lo que refiere en varios pasajes de sus obras. Procedía de una raza de santos, y excedió á to-

dos sus anteparados. No tenía más que el cuerpo de mujer, pues su alma superaba en fortaleza y ánimo á la de los más esforzados varones. Dejaba para los comediantes las bellezas fugidas, no conociendo ni buscando otra que la de conservar y perfeccionar la imágen divina impresa en su alma. No estimaba otra nobleza que la de la piedad, pues sabía que venimos de Dios, á quién hemos de volver. No conocía otras riquezas que las que no pueden arrebatarse, es decir, el mérito de ofrecer á Dios las que podía distribuir entre los pobres. Su marido le dejaba enteramente el cuidado de esta distribución, pues conocía muy á fondo su prudencia y caridad. Era la protectora y como la madre de las viudas y de los huérfanos : nadie le igualaba en caridad para enjugar las lágrimas de los afligidos, y ejercía principalmente esta virtud con los necesitados, tratándolos con nobleza y generosidad, para mitigar más eficazmente sus males.

Los ejercicios de piedad á que se consagraba no le impedían dedicarse á los cuidados domésticos. Semejante á la mujer fuerte, cuya conducta ensalza Salomón, administraba y aumentaba los bienes de fortuna con su vigilancia y economía, siendo muy de admirar que lo hacía con tanta aplicación, como si no pensase en las cosas de Dios, y estaba tan aplicada al servicio divino, como si no pensase en los cuidados domésticos, pues conciliaba perfectamente ambos deberes. La oración cotidiana era su primera ocupación, y la hacía con tanta confianza en la bondad divina, que su corazón tenía más seguridad en lo que esperaba, que otros en lo que poseen.

Aunque contrajo el vínculo del matrimonio, practicaba los principales ejercicios de las vírgenes, cuyo estado tenía en gran veneración : así es que afligía su carne con vigili-
lias y ayunos, y pasaba gran parte del día y de la noche cantando los salmos, sin que los asiduos cuidados de su estado le impidiesen tener libre su espíritu y elevado su cora-

zón á Dios. No se dedicaba á las cosas temporales sino para consagrárselas por la pureza de intención, ni se proponía otro objeto que cumplir su voluntad y obrar según la inspiración de su gracia.

Su celo por la fé le hacía huir de toda comunicación con los paganos. No permitía que su lengua, conseagrada por la recepción de los santos Misterios y por las alabanzas divinas, ni aún sus oídos fuesen manchados por las fábulas de la idolatría, ni por las licencias del teatro : pues estaba persuadida de que ninguna cosa profana conviene á personas que están consagradas á Dios por el bautismo y por la profesión de fé.

Miraba con mucho respeto á los sacerdotes, y cuando se hablaba de religión, guardaba el más absoluto silencio. Jamás hablaba en la iglesia, ni volvía los espaldas al altar, ni aún se atrevía á escupir sobre el pavimento demostrando de esta manera su fé viva, su celo y su respeto á las cosas santas.

Su vida, como la de todos los elegidos, estuvo llena de affixiones que soportó con admirable paciencia; pero sus lágrimas se secaban tan luego como hacía la señal de la cruz sobre sus ojos. San Gregorio Nacianceno, que habla de sus virtudes más extensamente de lo que nosotros podemos hacerlo, dice que tuvo que devorar muchas amarguras, de que sólomente eran testigos Dios y algunos de sus domésticos de más confianza. No repetiremos lo que trabajó hasta conseguir que su esposo abrazase la verdadera fé. La educación cristiana que dió á sus hijos Gregorio y Cesáreo y á su hija santa Gorgonia no prueba ménos su celo y santidad, que las demás virtudes. San Gregorio, por último, uniendo las alabanzas de esta madre tan digna á las que tributa á su padre, nos representa á estos santos esposos como firmemente consagrados á la ley de Dios, que era el principio y el fin de sus acciones, y asegura que no

se sabía cual de los dos adelantaba más en la virtud : que la practicaban con tanta unión como ardor : que eran objeto de la pública admiración, y que aún en su ancianidad parecían haber traspasado los límites de la debilidad humana : pues que mientras más agoviados estaban sus cuerpos por el peso de los años, tanto más vigor cobraban sus almas. Amaban tiernamente á sus hijos, pero amaban mucho más á Jesucristo, pues no cifraban su gozo en otra cosa, sino en que estos hijos fuesen fieles á Dios, y en que adelantasen en la virtud.

Santa Nona gozaba de muy buena salud : nunca estuvo enferma hasta el año 371, en que estuvo muchos dias sin tomar alimento ; pero de este mal curó milagrosamente, y en 374 murió poco despues de su esposo, próximamente á la edad de cien años. Dicen los griegos que san Gregorio hizo su elogio fúnebre, como había hecho con su padre.

Dios dió tres hijos á esta ilustre Santa, que fueron san Gregorio, san Cesáreo y santa Gorgonia. Cesáreo fué el más pequeño, y no se sabe si san Gregorio fué el mayor, ó si siguió á santa Gorgonia. Ignoramos también el año en que nació Cesáreo, así como los hechos de su infancia ; pero no podemos dudar que recibió una educación digna de sus padres é igual á la de san Gregorio. Despues de haber sido instruidos suficientemente en las escuelas de su pais, partieron de Capadocia para dedicarse á estudios mayores : san Gregorio se fijó en Cesarea de Palestina, y san Cesáreo se dirigió á Alejandría, cuya ciudad era entonces como una célebre academia de todas las ciencias. No perdió ciertamente el tiempo : aprendió la geometría y la astronomía, y se hizo muy perito en la aritmética. Pero sus mayores progresos fueron en la medicina, en la cual alcanzó tantos laureles, que su fama se extendió no sólo por el Oriente, sino también por el Occidente. También poseyó en grado muy eminente al arte de hablar y la filosofía.

Aunque en una ciudad tan populosa como Alejandría pasaban desconocidos los más grandes talentos, su mérito le hizo célebre aún entre los más eminentes magistrados, no sólo por sus profundos conocimientos en las ciencias, sino por su intachable conducta.

Antes de regresar á su patria, quiso pasar algún tiempo en Constantinopla. Como era de aspecto muy simpático, y á sus bellas cualidades físicas añadía una sabiduría y un talento envidiables, muy pronto se atrajo en esta ciudad imperial la estimación y el afecto de todo el mundo, hasta el punto de que, para que no se marchase, se le ofrecieron honores públicos, un matrimonio muy ventajoso y la dignidad de senador. La ciudad en masa envió una comisión al emperador Constancio, que se hallaba en Milan, para suplicarle que les concediese el honor de darles á Cesáreo por ciudadano y médico, á lo cual accedió este príncipe ; pero las instancias de su hermano que le rogaba que viniese al lado de sus padres, pudieron más que todas estas consideraciones.

Ambos, pues, regresaron á su pais, en donde brilló Cesáreo en todas las ciencias que había adquirido, y especialmente en la medicina. Pero no fué muy larga su permanencia, pues el deseo de gloria y de ser protector de su patria cerca del emperador le llevó á la corte. Este viaje no fué del agrado de sus padres y de su hermano ; pero no podían condenarse sus propósitos, porque no todos son llamados á la soledad, que era el gran atractivo de su hermano. Poco trabajo le costó obtener el rango de primer médico y aún de favorito del emperador, pues hasta los que ocupaban los más honoríficos puestos quedaron muy por bajo de su reputación á causa del acierto y desinterés con que asistía á los enfermos. Esta generosidad contribuyó mucho á su fortuna, y se concibió tan elevada estimación de su mérito, que los cortesanos y hasta el mismo emperador